



LOU
REED

UNA VIDA
Anthony DeCurtis

LIBROS CÚPULA

LOU REED

U N A V I D A

Anthony DeCurtis

Traducción: Luis Chitarroni

Prólogo de Rafael Cervera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Lou Reed. A Life*. Publicado originalmente en inglés en 2017 por Little, Brown and Company, Hachette Book Group, Inc.

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta

© del texto: Anthony DeCurtis, 2019

© de la traducción: Luis Chitarroni

© de la fotografía de cubierta: Warine Abbot

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: abril de 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2544-1

Depósito legal: B. 28.530-2018

Impresor: Romanya

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Prólogo, por Rafael Cervera</i>	11
<i>Introducción. Cualquier cosa por ti</i>	15
1. De Brooklyn a la entropierna de Long Island	21
2. Mesa apartada en el Orange	45
3. Fellini a cuadros	67
4. El elemento destructivo	97
5. Divina agresión	113
6. Todas las cosas que no están presentes	141
7. <i>Transformer</i>	153
8. El alma de una ciudad dividida	173
9. <i>Rock n Roll Animal</i>	191
10. Una máquina hablando con otra	207
11. Un Virgilio de las pastillas y el cuero	219
12. Este asunto del género	235
13. Maldito marica adicto	251
14. Crecer en público	279
15. Una persona común y corriente	289
16. <i>New Sensations</i>	307
17. <i>New York</i>	329
18. Odio a Lou Reed	341
19. <i>Magic and Loss</i>	357
20. <i>Between Thought and Expression</i>	371
21. Hamburguesa de yo con salsa de mí	385
22. Decimocuarta oportunidad	397
23. Escuchar tristemente	413
24. Este es nuestro hoy	425
25. Metallica	437
26. La templanza de un hombre	449
27. La otra vida	467
<i>Agradecimientos</i>	481
<i>Notas</i>	485
<i>Índice onomástico</i>	523

1

DE BROOKLYN A LA ENTREPIERNA DE LONG ISLAND

Bautizado con el nombre del difunto abuelo de su madre, Lewis Allan Reed nació un 2 de marzo de 1942, en el Beth Hospital de Brooklyn, Nueva York. Sus padres fueron Sidney Joseph y Toby Reed. Sidney era un astuto y ambicioso contable, y Toby, un ama de casa cuya belleza era reconocida. Tres años antes, a sus diecinueve años, fue elegida «Reina de las Taquígrafas» en uno de los tantos concursos de belleza locales de aquel momento. Había sido nominada por la compañía para la que trabajaba, United Lawyers Service, y era característico de su modestia clamar que la única razón por la que había sido elegida era porque «la verdadera taquígrafa más bella justo había enfermado ese día». Su foto fue publicada en el *Brooklyn Eagle* y, coronada reina, asistió a la entrega de premios en el centro de Manhattan, a unas pocas estaciones de metro y a un mundo de distancia de su vida en Brooklyn.

El país apenas había atravesado la Depresión y la Segunda Guerra Mundial había estallado, pero Brooklyn continuaba siendo un pacífico y rudimentario lugar para vivir. El distrito estaba poblado por una diversidad de etnias, con barrios italianos, irlandeses, judíos y afroamericanos y, en algunas instancias, superpuestos, con diversos grados de confort. A diferencia de la incesante modernidad y de las elevadas torres de Manhattan, Brooklyn era popular y vetusto. Los edificios eran bajos y había zonas con todo al alcance de la mano. Las comunidades de inmigrantes vacilaban entre la posibilidad de recrear los lujos familiares de sus patrias europeas y la de adecuarse a las modernas oportunidades del Nuevo Mundo.

Tanto los padres de Sidney como los de Toby habían emigrado de Europa en la década de 1900. Los de ella, de Polonia; los de él, de Rusia.

El abuelo de Sidney, Mendel Rabinowitz, fundó una muy exitosa imprenta y se estableció en un barrio de Brooklyn, Borough Park, con un fuerte predominio de judíos e italianos. Un nombre tan evidentemente judío como el de Rabinowitz no ayudaba a Sidney en sus aspiraciones por progresar fuera de su barrio, así que legalmente modificó su apellido por el de Reed.

Los Reed no eran religiosos ni pertenecían a la sinagoga. Sin embargo, y pese a todo, Lewis celebraría más tarde su bar mitzvá. Sidney Reed, un hombre de carácter, despreciaba la religión organizada. Era algo así como un solitario, y su familia no tenía amigos cercanos ni tampoco pertenecía a una organización barrial. Vivían en una pequeña casa con escalinatas. Sidney tenía muy buena relación con su hermano Stan, que llegó a vivir con los Reed un tiempo, pero la mayoría de las veces la familia Reed era apegada y cerrada. Lewis fue el primer niño de los Reed, y como ocurre con cualquier primer y único hijo de una familia judía, fue adorado.

Como muchos hombres de su tiempo, Sidney luchó por conseguir un trabajo en los comienzos de la Depresión. Era muy culto, valoraba mucho la lengua y soñaba con convertirse en escritor o abogado, pero se conformó con un certificado de contable, de acuerdo con los deseos de su madre. Toby, apellidada Futterman, había dejado el colegio en su incipiente adolescencia para trabajar y ayudar económicamente a su familia después de la muerte de su padre.

La época de la guerra fue aterradora para todos, pero particularmente para los judíos. Cuando los nazis invadieron Europa, los rumores e informes de la población judía comenzaron a cruzar el Atlántico hacia Estados Unidos. Las decepciones personales se dejaron de lado, y predominaba un sentido de tensa y precaria gratitud. Simplemente, tener un trabajo y bastante dinero para vivir y mantener a una familia que crecía —simplemente, estar vivo— parecía suficiente para estar agradecido. Esperar más hubiese sido tentar al destino.

El Brooklyn en el que se crio Lou Reed vivía bajo un manto de neblina nostálgica, quizá merecidamente. A veces da la impresión de que

el futuro entero de la industria musical fue forjado por judíos del Brooklyn de su misma generación, Carole King, David Geffen, Neil Sedaka, Clive Davis, Neil Diamond, Gerry Goffin, Seymour Stein y Barbra Streisand entre ellos. Las familias judías por lo general alentaban la formación y ambición de sus hijos y eso se manifestaba tanto en el trabajo creativo como en los negocios. El sentido práctico de los negocios nació porque, para sobrevivir en Estados Unidos tras la Depresión, era necesario un trabajo que garantizara un salario todos los meses. La creatividad, en cambio, parecía derivar de la fuente contraria, una que estaba fuera del control de sus padres. Como todos los grupos de inmigrantes tienden a hacer, los judíos que vinieron a Nueva York trataron de reconstruir el hogar que habían dejado atrás. Eso generaba cierta sensación de comodidad y a ojos contemporáneos suena romántico y encantador. Pero estos *shetels*¹ de Brooklyn eran punitivos y dolorosamente pasados de moda con los hijos y nietos de inmigrantes. Música estadounidense, radio, películas y televisión significaban mucho para esos jóvenes con una idea demasiado salvaje y amplia de lo que es la libertad con la que los apartamentos en los que vivían hacinados difícilmente podían competir. Esa generación dejaría Europa atrás y crearía una imagen de Estados Unidos en las artes populares que cambiaría la forma en que el mundo observaba al país.

Para muchos, Brooklyn, en los años cuarenta y a principios de los cincuenta, era un mundo de desayunos continentales, soleados mediodías en Ebbets Field,² hombres esperando en los quioscos de periódicos la próxima entrega para saber los resultados de los deportes y las carreras, mujeres sentadas en las escaleras para escapar del calor, mirando a sus niños y compartiendo chismes con los vecinos. Si Lou notó o

1 Palabra yidis que significa «villa» o «pueblo», comúnmente utilizada para denotar un sitio con gran cantidad de judíos en Europa oriental durante la época previa al Holocausto. Por extensión, se denomina así a las comunidades donde se vive y se practica el judaísmo de manera ortodoxa. [N. de los E.]

2 Estadio deportivo ubicado en la zona de Flatbush. Sede del equipo de béisbol Brooklyn Dodgers de 1913 a 1957. [N. de los E.]

participó de esas actividades, apenas tuvo conciencia de haberlo hecho, porque jamás compartió esos recuerdos con otros. Él repetidamente describiría su vida en Brooklyn como una mezcla de opresión familiar y problemas en el vecindario. Como compositor, terminaría por exaltar las alquitranadas calles de Nueva York, pero como niño las encontraba anodinas, tanto si eran aterradoras como si estaban vacías. Ni siquiera pudo adularlas en retrospectiva, aunque él probablemente las haya descrito peor de lo que en realidad eran. Llevar la imaginación al extremo fue para él un hábito temprano.

Reed fue a la escuela pública 192 en la Decimoctava Avenida, a cuatro manzanas de la casa de sus padres. Su madre lo llevaba. Reed mencionaba que no quería ir solo al colegio antes de los nueve años porque «si caminabas por las calles, terminabas muerto». Con respecto al colegio mismo, dijo: «Nos ponían en fila en el patio alambrado, sin césped por el que caminar. La sala de juegos tenía el suelo de cemento y había celadores en el comedor [...]. La gente hacía pis en las calles. Cuando un chico tenía que ir al baño, levantaba la mano, lo sacaban de la fila y lo mandaban a mear a la valla de metal. Era casi como estar en un campo de concentración». Es inconcebible, por supuesto, que maestros, especialmente en un colegio mixto de ese momento —o en cualquier otro— obligaran a los chicos a hacer pis en una valla en lugar de mandarlos al baño del edificio. Es probable que los niños lo hicieran por su cuenta cuando jugaban en el recreo sin que ningún maestro o celador estuviera presente, y que Reed mezclara estos recuerdos para mejorar la anécdota. Pero si, por muy irónico que parezca, uno compara su colegio primario con un campo de concentración, todo es posible y verosímil.

Si los contemporáneos de Reed alguna vez escucharon cantos evocadores en alguna esquina o las maravillas de la radio de Nueva York mientras crecían en Brooklyn, en el caso de Lou, impresiones de esta índole fueron para él subrepticias u olvidables. «Yo nunca escuchaba nada en Brooklyn —me dijo—. La radio no existía —y concluyó—: No pude haber sido más infeliz en los ocho años que pasé creciendo en Brooklyn.» Casi cómicamente agregó: «La mayor parte de mis recuerdos de infancia no están disponibles. Mi infancia

fue tan poco placentera que no recuerdo absolutamente nada antes de los treinta y un años». Reed sí asistió a partidos de los Dodgers con su padre, aunque luego menospreciara la experiencia, alegando sarcásticamente que el hecho de que los Dodgers abandonaran Brooklyn —una fuente de interminable tristeza para los escritores brooklynianos de la época, y hay mucho escrito al respecto— era la causa de su cinismo. Admitió ser un gran seguidor de los Dodgers, pero el traslado de Brooklyn a Los Ángeles en 1957 —irónicamente, mucho tiempo después de que Reed y su familia se hubieran ido también del barrio— lo afectó tanto que le fue imposible recobrar su amor por el béisbol.

Cuando Reed tenía cinco años, nació su hermana menor, Merrill, apodada Bunny. Ahora con dos hijos, los Reed, como muchas otras familias solventes que vivían en ciudades por aquella época, consideraron la idea de mudarse a los suburbios. La guerra había terminado y Estados Unidos se perfilaba como una de las grandes potencias económicas del mundo. Crecían las familias, y los poblados centros urbanos empezaron a volverse indistinguibles de los ambientes apretados de los que sus antepasados habían huido. La posguerra en Estados Unidos estuvo caracterizada por el deseo de establecer una tranquilizadora normalidad que borrara la Europa de las guerras y el genocidio, para perder el pasado y vivir en los Estados Unidos del brillante y eterno futuro. Aunque también es cierto que había aparecido la Guerra Fría y la amenaza de aniquilación nuclear propiciaba un persistente pavor encubierto. Pero esa fragancia de mortalidad solo encendía el deseo de estabilidad, una especie de anhelo sumergido en el orden. El crecimiento de la economía y las reformas del New Deal que la Administración de Roosevelt había implementado para combatir la Depresión significaron que la movilidad social era, por una vez, una posibilidad real en Estados Unidos. El sueño de tener tu propia casa se estaba convirtiendo en una realidad para millones de personas. Y cuando a Sidney se le ofreció un trabajo como tesorero en Cellu-Craft, una firma de Long Island que, al mejor estilo de *El graduado*, producía plásticos, parecía que los Reed estaban cerca de cumplir ese sueño. Así que, en 1952, la familia Reed se mudó a Freeport, Long Island.

Sidney Reed quería criar a sus hijos en Long Island en parte porque lo consideraba más seguro y porque «creyó que las oportunidades allí iban a ser mejores», dijo Allan Hyman, uno de los amigos cercanos de la familia Reed. «Muchos pensaban de la misma manera.» Freeport era uno de esos pequeños pueblos situados en la costa sur de Long Island que funcionaba como una comunidad hotelera para Nueva York. Los Reed se mudaron allí en un momento en que la conformidad no era ni deseada ni valorada; se trataba de un bien incuestionable. El hogar de los Reed —una indistinguible casa estilo rancho de tres habitaciones en la 35 Oakfield Avenue— costó diez mil dólares y había sido construida en 1951. Muchas de las familias que fueron de la ciudad a Long Island eran de Brooklyn, y muchos de ellos eran judíos. Los judíos eran una distintiva, aunque significativa, minoría. Reed fue matriculado en la escuela hebrea Congregación B'nai Israel, a la que asistía —y que aborrecía— tres veces por semana para la preparación de su bar mitzvá. En un notable contraste con las políticas de identidad actuales, la asimilación estaba a la orden del día en los años iniciales de la década de 1950 en Long Island, y ninguno de los amigos de los Reed, judíos o no, recuerda incidentes de antisemitismo o favoritismo. Había una comunidad negra en Freeport, y los estudiantes congeniaban sin barreras ni prejuicios en el instituto, aunque la lucha racial irrumpiría más tarde, en los años sesenta. «Era un lugar fantástico para crecer —dijo Doug van Buskirk, que fue compañero de clase de Lou—. Probablemente, todos en la costa sur de Long Island podían decir lo mismo en los años cincuenta. La gente caminaba por cualquier lado a cualquier hora del día o de la noche. Podíamos llegar tarde de una fiesta y dar un paseo por el pueblo. Era muy seguro, casi en su totalidad un barrio de clase media.»

Aunque las personas se identificaban con su pueblo, varios lugares a lo largo de la costa —Freeport, Baldwin, Oceanside y Rockville, entre otros— mezclaban sus límites. Las distinciones de clase también eran borrosas. Familias profesionales, como la de Reed, vivían en la misma calle que otras de clase trabajadora, dueñas de los comercios locales o contratados en la industria como plomeros. Era una etapa anterior a la de las *McMansions* y el conspicuo alarde de riqueza. Algunas diferencias económicas existían, por supuesto —un coche mejor, una emplea-

da doméstica, tener un pequeño barco—, pero eran sutiles y la gente no tenía la necesidad de ostentar esos detalles. «No creo que ninguno de nosotros alguna vez haya pensado que la casa del otro fuera más bonita que la propia —dijo Judy November, compañera de laboratorio de Lou en el instituto, cuando su apellido era Titus—. Eran otros tiempos; éramos menos materialistas. Pero todos mis amigos, en ese momento, estaban bien económicamente, o eso pensaba yo.»

Si tu familia no provenía de un linaje aristocrático con una buena herencia o unos buenos ahorros para empezar —y ninguna de las familias de Freeport podía jactarse de ello— tu mucha o poca riqueza se trataba de un asunto privado. Incluso una competitiva práctica suburbana como la de «ver cuánto tiene el vecino», no pasaba por una envidia material, sino por mantener el calmado equilibrio de la próspera conformidad que los había llevado hasta allí en primer lugar. Cualquier signo de desgaste o indiferencia —el césped sin cortar, el coche roto, la pintura descascarillada— evocaba inquietantes recuerdos del anónimo, clamoroso y aterrador mal estado de la ciudad. En ese sentido, cada familia tenía que hacer su parte para mantener la apariencia uniforme y controlada que era el sello distintivo de la vida en las afueras. Cualquiera que pudiera hacerse con diez mil dólares para comprar una casa en la zona, probablemente encajara en la categoría de «acomodado» o «clase media», para usar dos de las vagas expresiones empleadas en Estados Unidos en esa época —y desde esa época— con el objeto de nublar distinciones de clase. Y si en los años cincuenta llegabas a un suburbio como Freeport, significaba que habías plantado la primera semilla en la tierra del sueño americano. Incluso hoy, Freeport se parece mucho a lo que era antes. Las casas fueron retocadas y un poco ampliadas, pero no derribadas para hacer una reconstrucción masiva. Es como si las casas hubieran entendido el mensaje: si llegabas a Freeport, te quedabas. Lo que estaba allí había que mantenerlo, sin más requisitos.

Según Allan Hyman, el padre de Reed era «un hombre callado»:

«Muy reservado. Yo lo veía como una persona muy estricta. Muy apegado a su familia. No toleraba que la gente insultara a nadie delante de sus narices. Tenía los principios de la clase media y quería que todos se comportaran ade-

cuadramente. Deseaba que Lou respetara a sus padres. Así era. Mi padre era muy parecido. Eran muy conservadores. Esperaban que nos comportáramos en la cena y que nos vistiéramos de una determinada manera.

» Yo tenía muchos amigos con padres que entrenaban a sus hijos en deportes y cosas por el estilo. Eran personas con las que podías ir a lanzar una pelota al parque. Mi padre y el de Lou no eran así. El padre de Lou era mucho más cerebral, neurótico. Generalmente, cuando iba a un restaurante con los padres de mis amigos, ellos siempre pagaban. Pero cuando iba con Lou y sus padres, ellos pretendían que yo aportara mi parte. «Tu comiste una hamburguesa, debes un dólar con veinticinco.»

Sobre Toby, Hyman afirma: «Era la imagen viviente del ama de casa suburbana con delantal de los años cincuenta, cuidando siempre de sus hijos y de su marido. Así era ella. La mujer definitiva. Muy atractiva, simpática, amistosa. Una muy buena persona. Era una de esas mujeres que, cuando me invitaban, siempre me preguntaba si quería algo para comer. Me traía leche y galletas». Richard Segal, otro amigo de Long Island de los Reed, estaba de acuerdo: «Nunca llegué a conocer al padre de Lou muy bien, pero la madre de Lou no solo era bella, sino también muy amable conmigo». Bunny describe a su madre como «una persona que fue ansiosa durante toda su vida», que «se comportaba de una forma muy tradicional con su padre, siempre sirviéndolo».

Por muy atractivo que les pareciera Freeport a los demás, para Lou era una cárcel. Sus padres no tenían un gran círculo de amistades. No había recorridos culturales ni de entretenimiento por Manhattan: nada de visitas a museos ni al teatro ni al circo. Era un pequeño, estrecho, protegido mundo. Llegar a Long Island parecía ser suficiente para sus padres, especialmente para Sidney, que veía su costumbrista y aburrida existencia como una virtud. De todas formas, Sidney amaba la música y a menudo ponía discos en su casa: cortinas musicales de programas, Benny Goodman, jazz. Tenía una importante colección de vinilos que cuidaba atentamente. Pero Reed solo describiría Freeport en los más ácidos términos a lo largo de su vida: «Hempstead es como la entrepierna de Long Island —dijo en una memorable entrevista—. Es como una parada de autobuses con maricas caminando alrededor preguntan-

do “¿estás enamorado?”. Si te cruzabas con alguna mente criminal enferma, era de Great Neck. Nadie hace más esfuerzos para escapar de su educación que alguien de allí. Terminan por convertirse en escabrosos criminales que cometen calculadas violaciones y asesinatos de chicos de cuatro años. Es hasta normal decir como justificación: “Nací en Great Neck, ¿qué esperabais?”»

El padre de Reed y su deseo por representar una imperturbable respetabilidad serían el blanco perfecto para la rebelión de Lou. «Él decía que mi padre era un republicano horripilante —confiesa Hyman, cuyo padre era un exitoso abogado—. Y también se refería al suyo como a un repulsivo contable republicano. No lo entendía en ese momento, no sabía entonces qué era ser un republicano. Solo pensaba que Lou decía las cosas con naturalidad, tratando de sonar escandaloso y colérico, que era en lo que, probablemente, se estaba convirtiendo. A él le encantaba escandalizar. Y esa era una de las razones por las cuales yo lo encontraba interesante, porque la mayoría de mis amigos no se parecían a Lou en absoluto.»

Reed ingresó en tercer grado en la Caroline G. Atkinson Elementary School. En Brooklyn había vivido nervioso y asustado, y esos sentimientos continuaron en Freeport. Según su hermana, quien luego sería psicoterapeuta, Lou «sufrió ataques de pánico y ansiedad durante toda su vida [...]. Era casi evidente que estaba volviéndose extremadamente ansioso y obstinado en esquivar toda convención social que no se produjera en los términos que él dictaminara. Fue poseído por un frágil temperamento». De todas formas, como ocurría a menudo con los niños que eran llevados de Nueva York a los suburbios, el cambio de ambiente le permitió a Reed adoptar un aire pependenciero. Muchas de las familias de Freeport provenían de las ciudades, pero no todas, así que la experiencia de Reed en las malvas calles de Brooklyn le daba algo así como una credibilidad callejera, o al menos habilitaba su pretensión. Quizá más importante, su rudo comportamiento en el santurrón pueblo de Freeport no podía propiciar más problemas de los que, en una hipotética confrontación, tendría en Brooklyn. En Freeport, Reed podía ser uno de los chicos malos, o al menos posar como uno, con pocas consecuencias. «Empe-

zó a ser irrespetuoso muy pronto», dijo Richard Bloom, que fue al colegio con Reed, y ese comportamiento persistiría.

No mucho tiempo después de que los Reed llegaran a Freeport, la juvenil cultura de los años cincuenta alteró la aparentemente tranquila superficie de la década en Estados Unidos. Junto con los tempranos y trémulos sonidos del rock and roll vinieron los primeros antihéroes cinematográficos, como James Dean y Marlon Brando. Llevaban consigo el espíritu de la delincuencia juvenil, la rebelión apolítica de la adolescencia en contra de la conformidad y la blandura que la sociedad estadounidense tan sentimentalmente acogió. Reed caminaba por ambos lados. «Lou era un buen estudiante —recordó November—. Un estudiante muy serio, no era famoso por ser un ratón de biblioteca, pero sí aplicado. Era considerado un alumno responsable y era muy querido.» Reed luego admitiría haberlo pasado muy mal en Long Island, pero, de acuerdo con November, «yo sentía que él lo pasaba muy bien, no lo veía en una postura hostil, ni tampoco con una energía negativa». Incluso se comportaba bien como compañero de November en el laboratorio. «Era diligente —dijo ella—. ¡Jamás hizo volar un experimento mientras estábamos en la habitación!» Reed, al igual que sus amigos, disfrutaba de los placeres de la isla: tenis, salidas a Jones Beach, montar a caballo, películas, el ocasional paseo en bote y la vida social.

Reed también era un buen lector. «Lou y yo siempre estábamos leyendo», dice Richard Sigal, que fue a la escuela con Lou desde el octavo grado y siguió siendo su amigo a lo largo de su trayectoria escolar; que Sigal finalmente se licenciara en Sociología, con la especialidad de personalidades desviadas era algo que a Reed le causó mucha gracia cuando los dos retomaron su relación ya de adultos. «Amábamos a Ian Fleming, las novelas de James Bond —decía Sigal—. Se trataba casi de un concurso: quién la compraba primero y la terminaba antes para hacérselo saber al otro.» La competitividad llegaba también a otras áreas. «Jugábamos al tenis en el colegio y en secundaria —dijo Sigal—, y era como un partido de Connors y McEnroe. Estábamos exactamente en el mismo nivel. Él ganaba un set, yo ganaba el otro. Le molestaba mucho.

Los dos queríamos ganar. Y a él no le gustaba perder.»

Pero en otras disciplinas era imposible competir con él. «Lou siempre estuvo más adelantado que el resto —dijo Sigal—. Se empezaba a beber a los dieciocho por aquel entonces, así que nosotros decidimos hacerlo a los dieciséis. Tomábamos nuestras primeras pintas, pero Lou ya fumaba marihuana. No lo hacía frente a todo el mundo, pero yo lo sabía. Cuando nosotros mirábamos a las chicas de *Playboy*, Lou leía al Marqués de Sade, algo que a mí nunca se me hubiera ocurrido leer y que no sabía cómo encontrar.»

En los tardíos años cincuenta y principios de los sesenta, revistas como *Evergreen Review* y editoriales como Grove Press, ambas fundadas por Barney Rosset, comenzaron a publicar obras que intentaban subvertir a conciencia el conservadurismo de la cultura estadounidense de posguerra. La sexualidad fue un importante campo de batalla. Rosset lideró la lucha con la publicación de las versiones sin censurar de *El amante de lady Chatterley*, de D. H. Lawrence, y *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. La línea entre la literatura sexualmente recargada y la provocación erótica empezó a difuminarse. *Playboy* publicó su primera entrega en 1953 y, mes tras mes, brillaban fotografías de la vecina con los pechos expuestos reposando sobre relatos breves de pesos pesados de la literatura y ensayos acerca de las libertades otorgadas por la Primera Enmienda. De manera similar, serias obras literarias con sugerente contenido sexual aparecían también en revistas *avant-garde* al lado de fotos e ilustraciones que bordeaban la línea de lo obsceno. Insultar el pudor sexual de aquella época era un flechazo lanzado con un arco cultural.

Si la representación de la heterosexualidad funcionaba como una amenaza para el *mainstream*, la homosexualidad era percibida como estrictamente peligrosa. Allen Ginsberg, William Burroughs, Hubert Selby Jr., Gore Vidal y John Rechy, entre muchos otros escritores, empezaron a explorar temas homosexuales en sus novelas y el amor que no se atrevían a confesar empezó a encontrar su voz. Aunque se los considerara controvertidos, estos escritores también eran alabados por sus muy directas críticas, y el hecho de que su trabajo fuera considerado alarmante solo incrementaba el influjo que ejercían sobre la generación de aspirantes a rebeldes entre los que se encontraba Lou

Reed. Estos escritores empezaron a documentar los caminos del antes invisible *underground* de Estados Unidos, un mundo que John Rechy, finalmente, llamaría la *Ciudad de la noche* (*City of Night*)³ y del que Lou Reed haría su estético —y a veces, personal— hogar. Estafadores, travestis, prostitución de hombres y de mujeres, y adictos poblaban el reino subterráneo que hacía que los Estados Unidos de Eisenhower, con sus suburbios acicalados, pasaran enteramente inadvertidos o fueran inexistentes. Que el reino del traqueteo gay existiera, por necesidad, en ambientes criminales —bares dirigidos por la mafia, marginales, zonas potencialmente violentas de los pueblos, casas precarias y hoteles baratos— solo hacía de ello algo más seductor y subversivo. Tal mundo debe haber favorecido una imaginativa creatividad, tanto como pudo hacerlo el bosque de Arden de Shakespeare, en muchos de los jóvenes literarios rebeldes por los pagos de Nueva York o Los Ángeles. Para Reed la ciudad de noche tenía la misma carga emocional, fuera recorrida en auto-stop o en un viaje en tren.

Incluso en el instituto, Reed llevaba una especie de doble vida. En un nivel más superficial, iba a clases, hacía atletismo y sacaba buenas notas. «Lo veía prácticamente todos los días en los primeros años de bachillerato —dijo Allan Hyman, compañero de colegio de Reed—. Lo considerábamos un chico callado. No se mezclaba con los chicos populares; yo tampoco. Él restaba importancia a esas cosas.» Junto con su amigo Richard Sigal, Reed aceptó un empleo de verano recogiendo basura con un palo puntiagudo en la cercana Jones Beach. Según Sigal, Reed no duró mucho en el trabajo.

Lo que Reed sí creía importante eran la música, la escritura y el sexo. Hablando de su descubrimiento del *doo-wop* (castellanizado como du-duá), el *rhythm and blues* y el *rock and roll* en la radio en su adolescencia de los años cincuenta, Reed recitó acerca del «oscuro, almizclado, meloso sonido líquido del *rock and roll*»:

3 *City of Night* (Ciudad de la noche) es una novela escrita por John Rechy, publicada originalmente en 1963 en Estados Unidos por Grove Press, una de las primeras en hacer referencia al submundo de la ciudad de Nueva York, que incluía la prostitución callejera masculina y femenina entre sus temas. [*N. de los E.*]

«Los sonidos de otra vida. Los sonidos de la libertad. Como cuando Alan Freed⁴ golpeaba las guías telefónicas o el chirrido del saxo tenor de Al Sears fogueaban las ondas con su melodía de Hand Clappin, y yo me sentaba a mirar un indescifrable libro de geometría pura, cuyos trazos y ángulos ignoraría por siempre. Y quería escapar del mundo de las pruebas de admisión escolares, de los boletines de notas, para internarme inmediata y eternamente en el mundo de Shirley and Lee, Los Diablos, The Paragons, The Jesters. En la «Smoke from Your Cigarette» de Lillian Leach and The Mellows. O en «Why Can't I Be Loved?» («¿Por qué no puedo ser amado?») de Alicia and The Rockaways, una pregunta que efectivamente me hice mucho en mi adolescencia. Las letras se asentaban en mi cerebro como sonetos shakespearianos con todo el poder de la tragedia. La canción «Gloria», de The Jacks: «Por qué no me escribes cariño / mándame una carta». Y también estaba Dion, con el genial arranque de «I Wonder Why», que se grabó en mi cabeza para siempre. Dion, su voz, no se parecía a nada que hubiera escuchado antes. Podía imitar todos los registros, acompañar las sílabas sin esfuerzo alguno, elevarse tan alto para llegar al cielo como quisiera y bailar allí con las estrellas para siempre. ¡Qué voz! Había absorbido e incorporado todas estas influencias en su propia alma, así como el vino se hace sangre.»

De sus canciones favoritas de *doo-wop*, Reed dijo más tarde: «Me hacían creer que yo podía escribir mis propias canciones.»

La obsesión de Reed con el rock and roll en el instituto lo condujo a tocar la guitarra. Encontró a un profesor y fue a una clase, en ella pidió aprender los cuatro acordes para usarlos en las canciones que le gustaban. Armó bandas para tocar en actos escolares, y junto con sus amigos Richard Sigal, a la guitarra, y Allan Hyman, en la batería, empezó a actuar en fiestas locales. Reed arrastró a Judy Titus para que se uniera, a Sigal, y a otro estudiante de bachillerato de Freeport para participar en la función del colegio. «Estaba buscando la oportunidad de actuar en el escenario, así que me vino como anillo al dedo —dijo Judy November—. Ensayábamos bastante bien. Lou era el organizador de nuestras actuaciones. Pero no era nada dictatorial.» Reed ya había ac-

4 Famoso locutor musical de la radio de la época. Solía golpear las guías telefónicas, cantar e intervenir en la emisión de las canciones. [*N. de los E.*]

tuado en el colegio junto con un amigo llamado Alan Walters y un cantante llamado Phil Harris, que era su compañero de curso. «Estábamos en muchas clases juntos y a veces íbamos a su casa para pasar el rato —recordaba Harris—. Los dos estábamos interesados en la música y en las bandas del momento.» Reed, Walters y Harris habían montado un número de Little Richard; Harris, la voz principal, destacó en 2008 que él quedó «ronco desde ese día». Reed y Walters hacían los coros y Reed tocaba la guitarra. El éxito fue tal que el trío decidió ver si podía componer sus propias canciones. Se juntaron en casa de Lou y produjeron dos *doo-wop*: «Leave Her for Me» y «So Blue». Una inspiración para sus composiciones fue un vecino que había asistido a la función del colegio; mencionó que tenía un contacto en la industria de la música y preguntó si no les molestaría tocar algunas canciones propias para él. Cuando escuchó las canciones que habían compuesto, puso a Reed en contacto con Bob Shad, que trabajaba como representante artístico para Mercury Records y había podido sacar adelante su propio sello con el nombre de Time.

A Shad le gustaron ambas canciones y contrató al grupo para su sello. Se habían bautizado como The Shades. Este tipo de arreglos con bandas jóvenes eran muy comunes en aquel momento. «Yo solía preguntarle a Bob Shad cómo nos iban a pagar por las ventas de discos —recuerda Harris—, y lo que tenía como respuesta, generalmente, era que no me preocupara por la parte de los negocios.» Como adolescentes y alumnos de instituto, sentían que no estaban en una posición cómoda para presionar. Shad llevó el grupo al estudio e hizo arreglos para contratar a una voz adicional que acompañara a Reed y Walters en los coros. Increíblemente, Shad también pudo contratar al tórrido saxofonista King Curtis y al célebre guitarrista de rhythm and blues Mickey Baker para tocar en el disco. Las canciones eran poco llamativas para los estándares de los *hits* radiofónicos por esos tiempos, pero no del todo malas para los jóvenes, con las vívidas intervenciones de Curtis en todo momento. En cuanto a la composición, «Leave Her for Me» fue atribuida a Lewis Reed, y «So Blue» a Reed y a Harris. Como un temprano reflejo del sentido de la moda de Lou, la banda actuaría con gafas de sol: de ahí el nombre Shades («Sombras»). De todas for-

mas, Shad estaba preocupado de que las gafas y el nombre hicieran que los confundieran con otras bandas, así que, con imperceptible astucia, cambió el nombre del grupo por The Jades. Es muy probable que pensarán en la gema, pero, como buen jovencuelo conocedor, es posible que Reed estuviera al tanto del histórico uso que se le daba a la palabra para describir a las mujeres de no muy reputada sexualidad, uso etimológico que derivó en el término *jaded*.

«Leave Her for Me» alcanzó su minuto de gloria cuando fue usada en el *Swingin' Soiree*, un show dirigido por el legendario DJ de Nueva York, Murray Kaufman, universalmente conocido como Murray the K, en 1010 WINS, una radio de rock considerada muy importante entonces en el país. Para la inmensa decepción de Reed, esa noche no fue Kaufman quien estuvo a cargo del programa, sino un DJ sustituto que eligió pasar la canción (la banda luego la modificaría para una fiesta de baile en Long Island, donde Kaufman haría una breve aparición). Las dos caras del sencillo también aparecieron en las gramolas de Long Island. Reed diría luego haber recibido un cheque por derechos de setenta y ocho centavos, incitando a la posterior broma de Harris, diciendo que en tal caso le debía un tercio por su contribución en la creación de la letra. The Jades también llevó sus conciertos a la carretera. «Tocábamos en las inauguraciones de centros comerciales y eventos similares después de que saliera el disco con «So Blue» —dijo Harris—. Tocábamos en bares, en establecimientos o en cualquier lado donde la gente nos escuchara. A veces lo hacían, a veces no. Vestíamos indumentaria clásica de los años cincuenta. Gafas de sol, pantalones ajustados, corbatines y chaquetas con mucho brillo.» Después de «So Blue», Shad invitó a Harris a grabar otras canciones para él. Pero los otros Jades no estaban incluidos en la invitación. De todas formas, Reed grabó otras pistas para Shad en 1962, entre las que figuraban temas de pop adolescente como «Your Love» y «Merry Go Round», pero ninguna de las dos tuvo mucho éxito. El roce con el público, en cambio, lo envalentonó para continuar. «Solía ir a Harlem —recuerda—. Conocí a este tipo, Leroy Kirkland, que era la persona detrás de los arreglos en la orquesta de Alan Freed en sus conciertos de rock and roll. Iba con él para conseguir que los

Harptones o cualquiera grabara alguna de mis canciones. De lograrlo, hubiera sido fantástico.»

Reed no se conformaba con tocar con los Jades. «Montamos una banda de garaje con el nombre de The Valets por Lou», dijo Richard Sigal, quien instruyó a Reed en la guitarra; Allan Hyman tocaba la batería y Bobby Futterman, un primo de Lou que vivía en un pueblo cercano a Long Island, tocaba el bajo y la guitarra. Jerry Jackson, una estrella de fútbol americano de raza negra de un instituto de Freeport, también estaba presente como cantante.

«Jerry tenía una voz muy buena y era el cantante principal de algunas canciones —recuerda Sigal—. Lou siempre me dijo que tenía una voz muy dulce, así que me elegía para las canciones lentas. Cantaba «Castle in the Sky» de los Bop-Chords. Yo hacía las canciones *doo-wop* y Lou las más rápidas y graves. A él le gustaba mucho «Bony Moronie». Tocábamos en fiestas, balnearios y bares por todo el estrecho sur de la costa de Long Island. Nunca sabías si te iban a pagar o no con The Valets; a veces nuestra paga era la cena, un plato de espaguetis. Tocábamos en cumpleaños privados que se celebraban en casas, los vecinos generalmente terminaban llamando a la policía, que venía a pedirnos que lo dejáramos. Siempre tocábamos muy fuerte.»

The Valets seguía una rutina convencional: «Tres canciones rápidas y una lenta, especialmente si querías que la gente comenzara a bailar. A veces te tocaba un baile en que hombres y mujeres estaban en lados opuestos de la habitación. Pero cuando empezaba el tema lento, se ponían a bailar enseguida. Luego seguías con una canción rápida. Ese era el formato».

«Lou empezó a volverse un verdadero entusiasta de la música —dijo Allan de su compañero de instituto—; se lo tomaba mucho más en serio que yo en esa época.» Sigal recordó que Hyman olvidó una vez la entrada de Lou en el final de una canción. «Allan estaba golpeando su batería, mirando al techo con los ojos cerrados. Lou se acercó y le propinó un golpe con los nudillos en la cabeza lo suficientemente fuerte como para que yo lo oyera. Allan parecía aterrado mientras Lou lo miraba con resentimiento y enmendábamos la canción. Supongo que eso indica cómo lidió Lou con los miembros de sus grupos a lo largo de los años.»

En el rock and roll, Reed descubrió una añoranza y un lirismo que se complementaban con las crudas verdades de la literatura que leía. El sexo, por supuesto, se integraba en ambas búsquedas estéticas. Mientras sus compañeros de clase empezaban a explorar su sexualidad, como todos los adolescentes, él lo hacía a su modo. «En el instituto, crecimos y nos empezaron a interesar las mujeres —recuerda Hyman—. Su acercamiento a las mujeres era muy distinto al nuestro. Completamente diferente. No recuerdo que él haya salido con alguien en serio en el instituto.»

Mientras que para Hyman y los demás amigos de Lou era normal buscar chicas con quienes sentar cabeza, Reed actuaba desde otra perspectiva. «Todos teníamos relaciones largas, de meses o de años, con nuestras novias —dijo Richard Segal—. Lou, en cambio, no las tenía. Se presentaba con mujeres de la nada. Eran zorras. No tenía idea de dónde las sacaba. No hacía con ellas cosas tradicionales, como ir a ver una película y después tomar un helado. Lou una vez me dijo: “Me gustan las mujeres con corazones oscuros”. Creo que eso explica bastante las cosas.» Sigal recuerda a Lou hablando de un encuentro con una de estas chicas de corazón oscuro: «Una vez estábamos holgazaneando en su casa y él estaba hablando por teléfono con una chica —contaba Sigal—. Supongo que los padres se habrían ido y él había llevado a la chica la noche anterior. Estaba enfadado con ella porque se la había chupado la noche anterior y cuando él acabó, ella salió disparada a la cocina para escupir el trago de esperma en el fregadero. Le dijo: “¡Lo escupiste encima de todos los platos!”. Ese era el Lou de manual. Yo no sabía si se trataba de una sátira o si quería impresionarme. Solo movía la cabeza.»

Allan Hyman tenía un presentimiento acerca de dónde sacaba Reed a estas chicas: «Había una estación de radio en Freeport llamada WGBB, un lugar al que se podía llamar para hacer dedicatorias. Llamaba tanta gente que la línea daba siempre el tono de ocupada. Pero entre esperas, podías tener conversaciones con las personas que se encontraban en la misma situación. Podía haber decenas de personas esperando y eso siempre significaba que podías sacarle a una chica su número de teléfono. Lou conoció a una mujer en Merrick de esa forma.

Esto es anterior a que pudiéramos conducir, así que ella tomaba un autobús o un tren a Freeport, para que Lou la llevara al teatro Grove de la calle Merrick cuando quedaban por la tarde. Se sentaban en el palco y Lou le pasaba la mano por debajo del suéter. ¡No se me puede ocurrir algo más escandaloso! Había señoras mayores con linternas en el teatro por aquel tiempo; una de ellas vio lo que estaba pasando y pidió que pararan. Lou le dijo a la señora que se fuera al demonio y ella llamó al encargado, que los sacó del teatro.»

Cuando Reed se cansó de su amiga de Merrick, se la pasó a Hyman, una temprana manifestación de sus fluidos lazos sexuales. Ella fue la primera en ofrecerle a Hyman marihuana, que todavía era una droga prohibida en los años cincuenta. «¿Eres adicta a esas cosas? —le preguntó él cuando ella se encendía un porro—. Empezó a reírse. Yo, literalmente, aprendí qué es el sexo con esta chica y Lou fue el primero en encontrarla», dijo Hyman. La chica de graduación de Hyman fue otro de los hallazgos de Reed en Merrick. En el anuario de fin de año de Hyman, Reed escribió: «Avísame de cómo te fue con Gots», usando un apodo que habían inventado para la chica. En la noche de graduación, Hyman conducía y su cita estaba en el asiento delantero, mientras Reed se besaba enérgicamente con su propia cita, una chica de East Meadow, en el asiento trasero. Cuando Gots expresó molestia por el grotesco comportamiento de Reed con su cita y rechazó las insinuaciones de Hyman, este terminó enojándose. Habían llegado al restaurante Rockville Center Oasis después de la graduación. Cuando abandonaron el lugar, dejaron a Gots en el restaurante. Reed, quizá recordando sus propias escapadas con Gots, frenó sus actividades en el asiento trasero y le pidió a Hyman que lo reconsiderara. «Tienes que volver para buscarla. No puedes dejarla ahí tirada.» A las tres o cuatro de la mañana, Gots accedió a tener sexo con Hyman. «Ya era hora», dijo Reed desde el asiento trasero. De todas formas, un policía de Freeport que estaba patrullando interrumpió la fiesta, así que los planes de Hyman se frustraron. «Lou se reía a carcajadas en el asiento de atrás», recordó Hyman.

Para los estándares contemporáneos, este tipo de aventuras parecen relativamente inocentes, y lo eran. «No se hacía mucho el amor en los

años cincuenta —explicaba Hyman—. Eran otros tiempos. La mayoría de las personas eran muy pudorosas al respecto.» Pero Reed se movía más allá de los dramas adolescentes que preocupaban a sus amigos. «El punto de vista de Lou se había vuelto muy bizarro —dijo Hyman—. Todavía más su poesía; su escritura en general adquirió ribetes de lo que hoy sería descrito como un estilo gay, por así decirlo. Empezó a hablar de tener relaciones con hombres, algo que yo encontraba increíblemente rebelde para la época. Esa es la única forma en que podría describirlo. No era que lo viera como un delincuente juvenil. Solo me parecía un chico raro.»

Hyman notó que una gran cantidad de chicos en su colegio eran abiertamente afeminados; parecían gays, o *maricas*, en la nomenclatura de esos tiempos —e irónicamente de los nuestros también—, y, mucho más tarde, lo serían abiertamente. Reed, en cualquier caso, no era uno de ellos. «A él siempre le interesaron las mujeres: siempre —contaba Hyman—. Así que cuando me mostró su poesía, la encontré confusa. Siempre eran historias bizarras. Escribía acerca del encuentro entre dos hombres en un baño público para tener sexo en uno de los inodoros, con gran lujo de detalles. Quizá lo estuviera haciendo y no lo contara, pero esto todavía era en bachillerato. Yo veía a Lou provocador, excesivo. Quizá lo sacara de los libros.» Sin duda, la escena de los hombres en el baño público que Hyman describió era posiblemente una representación de lo que Reed anduviera leyendo, algo que también les ocurría a otras figuras de la época. Walter Jenkins, un leal allegado del presidente Lyndon B. Johnson, y en Inglaterra, Brian Epstein, antes de ser el mánager de los Beatles, fueron dos de los más prominentes casos de arresto por actividades sexuales en baños públicos del momento. En Greenwich Village, el baño de hombres de la casa de Howard Johnson, en la esquina de la Octava con la Sexta Avenida, era un notable sitio de encuentro, en parte gracias a la cercanía de la calle Christopher y la avenida Greenwich, dos habituales puntos gays. Cuando Hyman preguntó a Reed por las escenas de sus textos, Reed respondió: «¿Nunca se te ocurrió pensar que las cosas pueden ser diferentes? ¿Nunca tuviste alguna de estas ideas? ¿Y qué hay de las fantasías?». Cuando Hyman le respondió que él no tenía esas fantasías, Reed solo se encogió de hombros: «Así es la vida —dijo—. Estas cosas preocupan a la gente.»

Pero Reed probablemente hiciera más que leer sobre tales actividades. «Sabíamos todo acerca del otro —dijo Richard Sigal, refiriéndose al grupo de amigos del que Reed y él eran parte—. Pero Lou tenía una vida oculta de la que sigo sin saber mucho. Buena parte de ese misterio era que Lou compraba marihuana en algún lado. ¿Dónde? No tenía ni la más remota idea. En esos días, yo no hubiera sabido por dónde empezar a buscar droga.» Otra parte de su vida secreta tuvo lugar en el Hay Loft, un lugar dedicado a las comunidades gays y lesbianas. El colegio Hofstra, por ejemplo, no se encontraba muy lejos (un habitual del Hay Loft era James Slattery, un residente de Massapequa Park que luego se transformaría en la estrella de las películas de Warhol, Candy Darling, y que tendría una honorable mención en «Walk On the Wild Side»). El lugar tenía música, y Reed ocasionalmente tocaba allí. Richard Sigal se acordó de Reed describiendo el ambiente del Hay Loft para él: «Lou decía que a veces los matones de la puerta le palpaban la entrepierna o el culo. Le pregunté cómo reaccionaba cuando lo hacían, pensando que a lo mejor golpeaba a alguien. Él me dijo que solo se reía. Yo era muy ingenuo en aquel momento y jamás se me ocurrió pensar que eso a lo mejor le gustaba o lo alentaba.»

Con el tiempo, Reed empezó a llevar a sus amigos heterosexuales allí; en los años siguientes lo haría con los clubes nocturnos que frecuentaba en el centro de Manhattan. Allan Hyman fue uno de esos visitantes: «Era impresionante —recuerda—. Yo no lo entendía. El público era muy joven, solo un poco mayor que nosotros. Apenas tenías que tener dieciocho años para beber por entonces, pero podías saltarte la ley con quince años y ser atendido en casi todos lados. Lou obviamente conocía a algunas de las personas que iban allí.» Reed también llevó a Hyman a un bar gay que él frecuentaba en Oceanside.

Reed finalmente empezó, en los términos de Hyman, a «mostrar una actitud afeminada, en lugar de actuar como un chico normal y corriente. Era casi como si lo hiciera a propósito, como si solo lo hiciera para escandalizar, pero no creo que actuara así con las personas con las que no se sentía cómodo. Una particularidad que tenía mi relación con él era la forma en que le encantaba escandalizarme. Le gustaba decir cosas realmente provocadoras y ver cuál era mi reacción». Richard

Sigal destacaba: «Lou era un experimentador. Experimentaba con su vida sexual, con las drogas y el alcohol. Experimentaba con su música. Había una trama que envolvía y amontonaba todas estas cosas, y hacía de él una persona única.»

Cuando llegó el momento de pensar en la universidad, Reed y Hyman se inscribieron en Siracusa, una universidad privada de la zona alta de Nueva York con una sólida reputación académica. Pero no era su reputación académica lo que le había atraído. El padre de Reed los llevo a visitar Siracusa un fin de semana, y ellos se lo pasaron en grande. «Pensábamos que habíamos aterrizado en el cielo —recuerda Hyman—. El padre de Lou se iba a dormir, tranquilo por nosotros, mientras conocíamos a todas aquellas chicas y nos íbamos de fiesta. Todo el tiempo estábamos pensando en las juergas que tendríamos al llegar a Siracusa. Cuando veníamos de regreso Lou me dijo: “Va a ser genial. ¡Lo vamos a pasar muy bien!”. Yo contesté que sí, que apenas podía esperar.»

El anuario de fin de año describía a Lou como un «valioso participante» de las competiciones de atletismo escolar y declaraba que sus intereses pasaban por «el baloncesto, la música y, naturalmente, las mujeres». Él no tenía «planes» tras la graduación, pero estaba preparado para «aceptar todo lo que viniera». Pero la vida no es siempre tan prometedora como parece. Cuando se graduó, Reed informó a Hyman que no iba a ir a Siracusa a pesar de haber sido aceptado. Un sentimiento de vergüenza tras su experimentación y las nuevas preguntas acerca de su identidad empezaron a hacer mella en Lou. Decía que se sentía deprimido y que sus padres pensaban que iba a ser mejor para él que se quedara cerca. «Nunca lo compartió conmigo —dijo Hyman—, pero supongo que estaba pasando por un periodo en el que se cuestionaba su sexualidad. Y me parece que sus padres se habían dado cuenta.» Reed también había sido aceptado en la Universidad de Nueva York, que, junto con el campus compartido con el Greenwich Village, tenía otro adicional en el Bronx, en el que se matriculó. De todas formas, quedarse cerca de su casa no moderaba su depresión y las sospechas de Hyman de que sus padres «se habían dado cuenta» demostraban ser más que ciertas. El humor de Reed tenía frecuentes altibajos, y su rebeldía general había captado la atención de sus progenitores.

Sus padres y él sus padres lucharon contra sus misteriosas idas y venidas, y el comportamiento «afeminado» que Hyman describió no podía mejorar mucho las cosas. La homosexualidad no era meramente vista como un desorden psiquiátrico en aquel momento; su estatus legal era dudoso, como poco, en la mayor parte de Estados Unidos. A ojos de padres como Sidney y Toby, para quienes la respetabilidad de la clase media era una preocupación, la posibilidad de que su hijo fuera homosexual era muy alarmante. No había duda de que sus padres lo amaban. Fue el primogénito y su único varón: un estatus especial para una familia judía. Su hermana menor lo adoraba. Pero sus salvajes maneras molestaban la vida ordenada que sus padres habían disfrutado desde su mudanza a Freeport, y ahora el alcance de su depresión comprometía su salud mental. Es muy posible que Sidney y Toby se preocuparan por que su hijo quisiera iniciar una vida independiente. Un día, durante los primeros años en la Universidad de Nueva York, cuando tenía diecisiete años, sus padres lo fueron a buscar y lo llevaron de vuelta a casa «rengueando y lacónico», según la descripción de Bunny, «con expresión vacía» y «poco comunicativo». En extrañas ocasiones comenzaba a reírse como un maníaco. Sidney y Toby le dijeron a Bunny que su hermano había sufrido un «ataque de nervios» y decidieron callar la noticia para evitar que se propagara.

Sidney y Toby intentaron ayudar a Lou. Los médicos habían sugerido que quizá se tratara de esquizofrenia. Según Bunny, sus padres pensaban que había ocurrido porque no lo habían cogido lo suficiente cuando era un bebé y lo habían dejado llorar en su habitación. Una idea un tanto absurda, sin duda, pero un razonamiento común de la época que infundiría mucha culpa a Toby, y le dejaría un remordimiento eterno. La condición de Lou no cuadraba con el diagnóstico, aunque también era normal que en esos momentos exagerara los síntomas debido a las drogas u otros estímulos. Un psiquiatra escribió una carta en la que, según Bunny, decía que «Lou sufría delirios y alucinaciones, veía arañas caminar por las paredes y [...] quizá fuera esquizofrénico». Lou enmarcó la carta y la colgó en la pared de su habitación.

Los Reed terminaron accediendo a que su hijo fuera sometido a un tratamiento electroconvulsivo: una terapia de electrochoque, como se

llamaba por aquel entonces. Al escribir años después sobre esta decisión, Bunny explicó: «Mi padre, severo y controlador, intentaba solucionar un problema que escapaba a sus niveles de comprensión. Mi madre estaba aterrorizada y lo vivía con una culpabilidad implícita desde que le habían dicho que esto quizá se debiera a su falta de cuidado. Cada uno sufrió la pérdida de nuestro querido y dulce Lou en su propio infierno privado, sin auxilio ni amparo de la profesión médica.» Por muy salvaje que suene —casi tanto como lo era la praxis— el tratamiento por electrochoques era común. De hecho, de una forma atenuada, se sigue usando aún hoy. En cualquier caso, Reed quedó devastado por el tratamiento, que se llevó a cabo en el hospital psiquiátrico Creedmoor de Queens, Nueva York, en una serie de visitas ambulatorias a las que iba acompañado por sus padres. «Yo veía a mi hermano mientras mis padres lo escoltaban de vuelta a casa, incapaz de caminar, aletargado —escribió Bunny—. Dañó tanto su memoria a corto plazo que toda su vida tuvo que luchar con problemas de retención, posiblemente a causa de los tratamientos.»

Que la supuesta pérdida de memoria de Lou haya tenido que ver o no con los electrochoques es caso aparte; él llegó a considerar este cruel hecho como una abominable traición familiar, una especie de venganza edípica. Los sentimientos hacia su padre, en particular, se habían oscurecido mucho. De acuerdo con Bunny, la bisexualidad de Lou no fue el motivo por el que sus padres consintieron el tratamiento. Esa visión es «simplista y en absoluto real —escribió ella—. Mis padres eran muchas cosas (ansiosos, controladores), pero también unos fervientes liberales, no eran homófobos. Se involucraron en una descontrolada red de culpa, miedo y mal asesoramiento psiquiátrico». Incluso si se tienen en cuenta sus orígenes y los tabúes de la época, tendrían que haber sido profetas culturales para no incluir el potencial amaneramiento en el meollo de los asuntos que eran la causa de su mal comportamiento. La postura afeminada en presencia de sus padres y otras personas era de una desafiante y consciente provocación; esto, junto con sus cambios de humor y su sensación de hartazgo, generaban un fuerte desacuerdo, que haría estragos y envenenaría sus relaciones familiares para siempre. Bunny expresó no tener ninguna duda de que sus padres lamentaron su deci-

sión «hasta el día de su muerte. Pero como secreto familiar persistió. No hablábamos absolutamente nada sobre los tratamientos, ni poco después ni nunca».

Reed también se guardó la historia para él. Algunos de sus amigos más cercanos jamás lo supieron hasta muchos años después. Allan Hyman describió su comportamiento durante e inmediatamente después de los tratamientos. «Cuando lo veía los fines de semana, Lou parecía muy ausente —dijo—. Nunca fue una persona amistosa y sociable, pero estaba más hostil y sarcástico que nunca. Era oscuro.» Hyman no encontraba rastro de aquel festivo humor de su compañero: «Siempre tuvo un lado rebelde, pero cómico al fin y al cabo, era una persona divertida.» Tras el tratamiento, «tenía un porte desenchajado que nunca había tenido. Le parecía que todo estaba hecho una mierda. “Esta persona era ridícula. Aquella era imbécil”. Se había vuelto muy cínico».